

pues que aquel viaje era en beneficio de la propagación de la fe, y aumentaba el poder de los monarcas de Castilla sobre los infieles: superstición que cooperó en gran manera á que los españoles acometiesen tan arrojadas expediciones, ya en contra de los moros, ya de los indios.

Convencido de que sus advertencias no surtían efecto, quiso Cheapes tomar voluntariamente parte en aquel peligroso viaje, porque no se creyera que le faltaba valor ó que apreciaba poco á su huésped. Así pues, acompañado del cacique, embarcóse Vasco Nuñez el 17 de octubre con sesenta hombres en nueve canoas manejadas por indios: el resto de los españoles quedó en el pueblo de Cheapes, para recobrar su salud y vigor.

Apenas se habían internado en el golfo, cuando la experiencia vino á demostrar la verdad y cordura de las observaciones del cacique. Levantóse un viento fresco; el mar bramó, rompiendo sus espumantes olas contra las rocas, arrecifes, é infinitos islotes de que estaba sembrado. Las canoas, aunque de suyo ligeras, iban demasiado cargadas de hombres que no sabían manejarlas; y causaban espanto á los que navegaban en una canoa ver á sus compañeros, ya sobre la cresta de una ola, ya bajando á la profundidad del abismo. Hasta los indios, á pesar de ser una especie de animales anfibios por sus hábitos, estaban consternados; pues en medio de aquellas rocas y bajíos, el mas diestro nadador fracasaba. Por fin los indios lograron, á duras penas, atar las canoas de dos en dos, para impedir que volcaran; y así se mantuvieron flotantes, hasta que al anochecer pudieron llegar á una pequeña isla. Desembarcaron, y asegurando las canoas á las rocas, ó á los arbolillos que crecían en la playa, buscaron un sitio seco y elevado, y se tendieron en él á descansar. Apenas habían escapado de un peligro cuando les asaltó otro. Acostumbrados al mar del Norte del Istmo, cuyas mareas son poco sensibles, no tomaron ninguna precaución para precaverse de cualquier incidente por el estilo; y á poco los despertó la subida repentina de las aguas, obligándoles á cambiar de posición, colocándose mas altos; pero aquellas continuaban ganando terreno y azotando la playa, como otros tantos monstruos brotados por el abismo para devorar su presa. No hay nada tan terrible, segun cuentan, como el espantoso bramido del mar que baña las islas del golfo donde estaban, al subir la marea. Gradualmente iban desapareciendo las rocas y los bancos de arena hasta cubrir las aguas toda la isla, elevándose casi á la cintura de los españoles, cuya situación no podia ser mas angustiosa. Un minuto mas y el mar los hubiera sumergido ó arrancado de allí, embraveciéndose y estrellándose contra ellos. Afortunadamente se había calmado el viento; y la marea, despues de haber llegado á su mayor altura empezó á descender; pasado algun tiempo oyeron bajo sus piés el ruido de las olas que batían las rocas al retirarse.

Al romper el día vieron sus canoas; pero ¡en qué triste estado! unas hechas pedazos y otras llenas de aberturas; en lugar de la ropa y comida que habían quedado en ellas, hallaron arena y agua. Los españoles contemplaban aquel espectáculo con muda desesperación; necesitaban descanso y alimento, y solo veían hambre y fatiga, en caso de salir con vida de aquel apuro. Sin embargo, Vasco Nuñez animó su espíritu abatido, dándoles el ejemplo de ponerse alegremente á maniobrar. Los demás le imitaron, ayudándole á reparar del mejor modo posible las averías de las canoas. Aseguraron con sus cinturones las que no se habían estropeado mucho, valiéndose con el mismo fin de tiras hechas de cortezas de árboles, y de los correosos tallos de ciertas plantas marinas: y machacando luego entre dos piedras la corteza de otros, mezcláronlas con yerba y emprendieron la tarea de

calafateadores. Cuando se reembarcaron, su peso hacía hundir las canoas hasta el nivel del agua, y como subían y bajaban con el movimiento de las olas, veíanse á cada momento en el peligro de perecer. Pasaron todo el día en lucha abierta con el mar, sufriendo las angustias del hambre y la sed, hasta que á la caída de la tarde desembarcaron en una de las extremidades del golfo, donde habitaba un cacique llamado Tumaco. Dejó Vasco Nuñez una parte de su gente para guardar las canoas, y con el resto se dirigió al pueblo indio, llegando allí á media noche; pero los habitantes estaban alerta custodiando su morada. Infundieronles las armas de fuego y los perros gran temor, y huyeron precipitadamente, persiguiéndoles los españoles con espada en mano, hasta que lograron refugiarse en el bosque, exhalando espantosos gritos. Encontraron aquellos en el pueblo abundantes provisiones, y además una considerable cantidad de oro y perlas, muchas de estas de gran tamaño. En la casa del cacique había muchas grandes conchas de madre perla, y cuatro ostras de perlas acabadas de coger, lo que hacía inferir que se pescaban en las inmediaciones. Deseoso de averiguar el origen de tanta riqueza, envió Vasco Nuñez algunos indios de Cheapes en busca del cacique; los cuales le encontraron retirado en un lugar solitario y agreste entre las rocas. Persuadido por ellos, mandó Tumaco á su hijo, hermoso jóven, como mediador: el cual en breve volvió á la presencia de su padre, cargado de regalos y ponderando la benignidad de aquellos seres sobrenaturales que eran tan terribles en el combate, como humanos despues de la victoria. De este modo se establecieron luego comunicaciones amistosas. Entre otros varios efectos regaló el cacique á Vasco Nuñez una porción de joyas de oro, por valor de seiscientos catorce coronas de peso, y doscientas perlas de considerable magnitud y belleza, no obstante hallarse un poco descoloridas porque las ostras se habían abierto al fuego.

Viendo el cacique cuanto estimaban los españoles las perlas, mandó unos cuantos hombres á pescarlas á un sitio que distaba de allí cosa de diez millas. Cierta número de indios se acostumbraban desde niños á este ejercicio, para adquirir, junto con la pericia, la costumbre de permanecer largo tiempo debajo del agua. Las perlas de mas volumen debían buscarse en los parajes mas hondos, á veces tres ó cuatro brazas de profundidad, y con el mar en calma; pero las mas pequeñas se encontraban á los tres ó cuatro piés, y frecuentemente las ostras que las contenían eran arrojadas en gran número á la playa por los violentos temporales.

La partida de pescadores que envió el cacique, constaba de treinta indios, á que se agregaron seis españoles, mandados por Vasco Nuñez como testigos oculares. El mar, empero, estaba tan furioso en aquella estacion, que los buzos no se atrevieron á sumergirse, pero, de las conchas arrojadas á la orilla, se sacaron tantas perlas, que ascendió su valor á doce marcos de oro. Sin ser grandes de tamaño, era suma su belleza, pues se conservaban frescas y no habían sufrido ningun detrimento con la acción del fuego. Porción de ostras y perlas fueron escogidas para mandarlas á España, como muestra de la riqueza de aquellos mares.

En contestación á las averiguaciones de Vasco Nuñez, le dijo el cacique, que la costa que se extendía hácia el Oeste no tenía fin; y que lejos á la parte del Sur había un país muy abundante en oro, cuyos habitantes hacían uso de ciertos cuadrúpedos que les servían de bestias de carga. Modeló uno con barro; y los españoles lo calificaron ora de venado, luego de camello, y despues de tapiro, porque no tenían idea del llama, bestia de carga, indígena de la América del Sur. Esta fue la segunda noticia que adquirió Vasco Nuñez del grande imperio del Perú, confirmando

dole todo cuanto le había dicho el hijo de Comagre; y su imaginación se sintió satisfecha anticipadamente con la idea de los brillantes triunfos que le esperaban.

CAPITULO XII.

Nuevas aventuras y proezas de Vasco Nuñez en las playas del océano Pacifico.

PARA no omitir ninguna solemnidad que asegurase tan gran descubrimiento á la corona de España, determinó Vasco Nuñez salir del golfo, y tomar posesión de las tierras que se presentaban á la vista. El cacique Tumaco le proveyó de una canoa de guerra hecha del tronco de un árbol enorme, y manejada por una porción de indios; los mangos de los remos estaban incrustados de menudas perlas, circunstancia que Vasco Nuñez hizo que sus compañeros atestiguaran ante el notario, porque queria ponerlo en noticia de sus soberanos en prueba de la riqueza de aquellos mares (1).

Salió al mar el veintinueve de octubre; los indios dirigían la canoa con suma precaución á lo largo de las orillas del golfo y por encima de las tierras anegadas, en cuyo sitio el mar tranquilo parecia un estanque rodeado de bosques. Al llegar á la punta, del golfo, Vasco Nuñez desembarcó en una playa de menuda arena, lavada por las aguas del vasto Océano; y embrazando el escudo, con espada en mano y bandera desplegada, entró en el mar y tomó de él posesión en los mismos términos que lo había hecho en el golfo de San Miguel.

Los indios le mostraron una línea de tierra que divisaban en el horizonte como á unas cuatro ó cinco leguas de distancia, diciéndole que era una isla de grande extension, y la principal de un archipiélago. Le aseguraron que todas aquellas islas abundaban en perlas; pero que las que se pescaban en las costas de aquella que le designaban se reputaban por las mejores y de mayor tamaño; como que muchas de ellas tenían el grueso de un ojo, y las conchas que las contenían eran de la magnitud de broqueles. Dicha isla, con las demás de los alrededores, estaban bajo el dominio de un cacique muy tirano y poderoso, que en tiempos de calma, venía á menudo al continente con una escuadra de canoas, robando y asolando las costas, y llevándose cautivos á los habitantes.

Sintió Vasco Nuñez impulsos de emprender sin perder momento una expedición á aquellos parajes, tan ricos; pero, se lo estorbaron los indios, manifestándole el peligro que corría, visto lo tempestuoso de la estacion y la debilidad de las canoas. Convencido de la sabiduría de sus observaciones, con solo recordar el reciente escarmiento, aplazó la visita para otra ocasion, afirmando á sus aliados que entonces los vengaría de las tiranías de su invasor, libertando de sus rapiñas aquellas costas. Dió á esa isla el nombre de Isla Rica, y á todo el archipiélago islas de las Perlas.

El 3 de noviembre salió Vasco Nuñez de la provincia de Tumaco, dirigiéndose á visitar otros puntos de la costa. Embarcóse con su gente, acompañado de Cheapes y sus indios, y guiados por el hijo de Tumaco, el cual, se había aficionado extraordinariamente á los españoles. Este jóven lo condujo á lo largo de un brazo mar, ancho en algunas partes, pero en otras obstruido por arboledas de manglares, que creciendo en el agua entrelazaban las ramas de orilla á orilla; tanto que algunas veces tenían los españoles que abrirse paso, cortándolas con sus espadas.

Entraron por último en un grande y turbulento rio, de difícil subida, y al otro día de mañana sorprendieron una población situada en la orilla, haciendo pri-

(1) Oviedo, Hist. Gen. p. 2. MS.

sionero al cacique Teaochan, que compró su amistad y buen trato, á costa de mucho oro, perlas y provisiones. Como la intención de Vasco Nuñez era abandonar las costas del Océano del Sur en aquel sitio, y atravesar los montes para volverse á Darien, despidióse de Cheapes y del jóven hijo de Tumaco, que debían volverse á sus casas en las canoas; al mismo tiempo ordenó á la gente que había dejado en el pueblo de Cheapes, que se le reuniese en el punto de las montañas que les designó, desde donde marcharían juntos á Darien.

Se ha hablado mucho del talento de Vasco Nuñez para atraerse y ganar la voluntad de los salvajes; lo que podemos decir es, que en la presente ocasion ambos gefes derramaron lágrimas de pesar al separarse de él. Esta conducta surtió un favorable efecto sobre el cacique Teaochan; quien trató á Vasco Nuñez con la mas afectuosa hospitalidad los tres dias que estuvo á su lado. Cuando pensó salir le habilitó con un buen surtido de provisiones, pues tenia que atravesar áridas y pedregosas montañas. Envió asimismo una partida de sus súbditos para que les llevasen los efectos, á las órdenes de su hijo, con la prevención de no separarse de los extranjeros, ni volver ninguno sin el consentimiento de Vasco Nuñez.

CAPITULO XIII.

Vasco Nuñez verifica su retorno al través de las montañas.—Sus controversias con los salvajes.

VOLVIENDO la espalda al mar del Sur, empezaron los españoles á subir penosamente por ásperas montañas, para regresar á Darien.

Al principio de su camino aguardábanles inesperados padecimientos; no había ni arroyos, ni fuentes, ni pozos. El ardor del sol, que produce una sed devoradora, había secado todos los torrentes, y padecían los tormentos de Tántalo á la vista de los exhaustos canales por donde había corrido agua en abundancia. Llegaron á tanto sus sufrimientos, que muchos se tiraban al suelo calenturientos, palpitantes de fatiga y próximos á exhalar el alma. Sin embargo, los indios los animaban á que siguiesen, prometiéndoles lo pronto cambio en la temperatura; y en efecto, á poco tiempo, desviándose del camino que llevaban los guiaron hácia un estrecho y profundo valle, refrescado por una cristalina fuente que brotaba por la hendidura de una peña.

Mientras se restablecían un poco, dijéronles los guías que se hallaban en el territorio de un poderoso cacique llamado Ponera, célebre por sus inmensas riquezas. Los españoles habían oído hablar anteriormente de la porción de oro que tenía acumulada aquel Creso de las montañas, y sintiéndose ya alentados y fortalecidos, dirigiéronse apresuradamente á sus Estados. El cacique huyó con casi todos los habitantes; pero nuestros aventureros hallaron abundante cosecha de riquezas en las desiertas casas, cuyo valor subió á tres mil coronas de oro. Despierta con esto su avaricia, mandaron algunos indios en busca de Ponera, al que encontraron trémulo en su escondite, consiguiendo parte con amenazas, parte con promesas y razones, que así él como tres de sus principales súbditos viniesen á la presencia de Vasco Nuñez. Segun se cuenta era el salvaje de mas horroroso aspecto que hasta entonces habían visto, así por la deformidad del cuerpo en general, como por la particular de cada miembro. Los españoles trataron con buenos modos de informarse de los parajes de adonde sacaban aquel oro, pero él contestó que nada sabía y que el que encontraron en el pueblo lo había heredado de sus predecesores; añadiendo que como en nada estimaban semejante metal, nunca quiso buscarlo. Prorumpieron entonces los españoles en amenazas y aun se cuenta que apelaron al tormento para

obligarle á declarar donde estaban los famosos tesoros, con lo que, sin embargo, no adelantaron un paso. Viendo frustradas sus esperanzas y encolerizados además con la supuesta obstinación del cacique, dieron oídos, demasiado ligeramente, á las acusaciones hechas contra él por algunos caciques de las cercanías, que le representaban como un monstruo de crueldad, manchado con crímenes repugnantes á la naturaleza (1); y en el calor del momento le entregaron como á sus tres compañeros, acusados de iguales delitos, á los perros, para que los despedazasen: sentencia horrible, resultado de las declaraciones de enemigos, y que aunque quiera paliarse con el disgusto de los españoles hácia los crímenes imputados al cacique, llevaba el sello del odio y la parcialidad, y quedará para siempre como un borron en la memoria de Vasco Nuñez.

Los españoles permanecieron treinta días descansando en el pueblo del desgraciado Ponca, reuniéndose allí los compañeros que habían dejado en Cheapes. Acompañábalos un cacique de la montaña que les había dado alojamiento, provisiones y además un regalo por valor de dos mil coronas en oro. Este hospitalario salvaje se acercó á Vasco Nuñez con sereno continente, y tomándole la mano: «Hé aquí, le dijo, valiente y poderoso jefe, tus compañeros; los traigo sanos y salvos como entraron bajo mi techo. Quiera el que fabrica el rayo y el trueno, y nos da los frutos de la tierra, conservar á tí y á los tuyos!» Diciendo esto, levantó los ojos al sol como si le adorase y le reconociese por la divinidad dispensadora de todos los bienes temporales (2).

Al salir de aquel pueblo se dirigieron los españoles acompañados todavía por los indios de Teochan, por la orilla del río Comagre, que bajaba por la parte del Norte del istmo, atravesando el territorio del cacique de su nombre. Este impetuoso río que con el transcurso de los siglos ha abierto un canal por entre las profundas hendiduras de las rocas y barrancos de las montañas estaba entonces rodeado de precipicios y sembrados por espesísimos bosques; por lo que pronto lo abandonaron y anduvieron sin senda ninguna, aunque guiados por los indios. Tenían que trepar á terribles alturas y descender á profundos valles, oscurecidos por apiñados árboles, y circunvalados de traidores pantanos, en donde á no ser los guías, hubieran quedado enterrados en el cieno.

Durante tan trabajoso viaje, sufrieron excesivamente, á consecuencia de su propia avaricia. Sabían perfectamente lo estéril del país y la necesidad de ir bien provistos para la jornada; pero, al cargar á los indios que les llevaban sus efectos, su único pensamiento había sido transportar mucho oro; y pronto sintieron las consecuencias de semejante conducta. Los indios no podían llevar grandes bultos, pero sí contribuían al consumo de los escasos alimentos que formaban parte de la carga. Por manera que la escasez y el hambre sobrevinieron, siendo difícil remediar el mal; pues los pueblos en aquellas altas regiones eran escasos, pobres, y estaban destituidos de provisiones. Ni se comunicaban unos con otros; contentándose cada uno con lo poco que producían sus campos y sus bosques. Algunos se hallaban enteramente desiertos, y en otras partes, los habitantes obligados á salir por fuerza de sus escondites, confesaban que se habían ocultado de vergüenza por carecer de medios para recibir á tan celestiales huéspedes. Llevábanles ofrendas de oro en señal de paz; pero ningunas provisiones. Al fin comprendieron los españoles, que todo su estimado oro no bastaba para fortalecer sus abatidos espíritus. El hambre les producía intensos tormentos, y muchos de los indios que los acompañaban parecie-

(1) Pedro Martir, d. III, c. 2.

(2) Herrera, d. I, l. X, c. 4.

ron en el camino. Por último, llegaron á un pueblo donde pudieran obtener comestibles, permaneciendo allí treinta días para reponer sus perdidas fuerzas.

CAPITULO XIV.

Empresa contra Tubanamá, belicoso cacique de las montañas.—Vuelta á Darien.

Los españoles tenían que atravesar las tierras de Tubanamá, el mas poderoso y guerrero cacique de las montañas; aquel de quien había dicho el joven príncipe indio, que descubrió á Vasco Nuñez la existencia del mar del Sur, que era de un carácter brutal y por lo tanto muy expuesto á entrar con él en contienda; pero se equivocó al indicar la posición de sus dominios, como situados al otro lado de los montes. El nombre de este cacique era en efecto el terror del país; y cuando Vasco Nuñez miró alrededor de sí, y se vió acompañado de un puñado de hombres enfermos y debilitados por las fatigas, dudó que la superioridad de las armas, y su destreza militar fuesen suficientes para vencer á Tubanamá y su ejército en campal batalla. De consiguiente, resolvió valerse de una peligrosa estratagemá, que comunicó á sus compañeros: estos querían á porfía acompañarle; pero él escogió setenta de los mas vigorosos, y ordenó á los restantes mantenerse, sin cejar, en el pueblo.

Así que oscureció, partió silenciosamente con su escogido destacamento, caminando con tal rapidez por entre los laberintos de los bosques y desfiladeros de las montañas, que al otro día por la tarde ya estaba en las cercanías de la morada de Tubanamá, á pesar de necesitarse dos días largos de camino para llegar.

Aguardaron allí hasta media noche: entonces asaltaron repentinamente el pueblo, sorprendiendo y capturando al cacique con toda su familia, entre la que se contaban ocho mujeres. Cuando Tubanamá se vió prisionero en manos de los españoles, perdió toda su presencia de espíritu y empezó á llorar amargamente. Los indios aliados de Vasco Nuñez, solicitaban la muerte, acusándole de varios crímenes y crueldades. Vasco Nuñez aparentó que atendía sus súplicas; y mandó que atasen al cautivo de piés y manos y le entregasen á los perros. El cacique se le aproximó temblando; y poniéndole una mano en el pomo de la espada, le dijo: «¿Quién ha de atreverse á competir con el que lleva esta arma y puede de un solo golpe dividir en dos á un hombre? desde que la fama trajo tu nombre á estas montañas, siempre he respetado tu valor. Perdóname la vida y te daré cuanto oro esté en mi arbitrio procurarte.»

Vasco Nuñez, cuya cólera era aparente, se apaciguó en breve; y así que amaneció le presentó el cacique brazaletes y otras joyas de oro por valor de tres mil coronas, enviando comisionados por toda la extensión de sus dominios con la orden de que sus súbditos contribuyesen á pagar su rescate. Los pobres indios, tan leales como de costumbre, se precipitaron á traer sus adornos de oro, reuniendo en el término de tres días una suma equivalente á seis mil coronas, despues de lo cual puso Vasco en libertad al cacique regalándole una porción de vagatelas europeas con las que se consideró cien veces mas rico que con todo el oro del mundo. Respecto de las minas que producían aquel metal, lo único que dijo fue que lo traían de las sierras de sus vecinos, donde el oro y las perlas se hallaban en grande abundancia; pero, que en su país no había nada que se le pareciese. Vasco Nuñez, dudando de su sinceridad, hizo examinar secretamente los ríos y arroyuelos, encontrando tan prodigiosa cantidad de oro, que determinó fundar en lo sucesivo dos establecimientos en aquellas cercanías.

Al separarse de Tubanamá, el cacique mandó á su hijo con los españoles á fin de que aprendiese su idioma y religión; se dice también que los españoles

se llevaron sus ocho mujeres; aunque Oviedo no hace mención de semejante hecho sin embargo de escribir teniendo á la vista las memorias que dejó Vasco Nuñez, afirma, si, que los españoles, durante esta expedición, no fueron muy escrupulosos en su trato con las mujeres á hijas de los indios; añadiendo, que su comandante les daba en esto el ejemplo (1).

De vuelta al pueblo donde había quedado la mayor parte de su gente, Vasco Nuñez se dirigió definitivamente á su primitivo domicilio. Sus soldados estaban débiles y estenuados, muchos enfermos hasta el extremo de tenerlos que llevar en hombros, ó cogidos del brazo; él mismo se sentía de tiempo en tiempo atacado de calentura, que le obligaba á ser conducido por los indios en una hamaca.

A costa de penas y andando muy despacio llegaron por último á las costas del Norte, territorio de su aliado Comagre: el viejo cacique había muerto, sucediéndole su hijo, de quien ya hemos hecho mérito. Este joven, que había abrazado la Religión Cristiana, los recibió con la mayor hospitalidad, haciéndoles varios regalos de oro. Vasco Nuñez le dió en cambio algunas chucherías, entre ellas una camisa y una capa de soldado; con el cual, dice Pedro Martir, se creía un semidios en medio de sus desnudos compañeros. Despues de descansar algunos días, prosiguió su jornada á Ponca, donde supo la llegada de un buque y una carabela á Darien, procedentes de la Española, con refuerzos y provisiones: apresuróse á entrar en Coiba, territorio perteneciente á su aliado Careta; y se embarcó el 18 de enero de 1514 con veinte hombres en el bergantín que había dejado allí, fondeando al otro día en Santa María de la Antigua del Darien. Todos los habitantes salieron á recibirle, y luego que oyeron hablar del mar del Sur, y vieron que volvían cargados de perlas y oro, su júbilo no tuvo límites. Un barco y una carabela volaron á Coiba en busca de los compañeros rezagados, los cuales trajeron consigo el resto del botín consistente en oro, perlas, mantas, hamacas y otros artículos de algodón, y además una porción de cautivos de ambos sexos. El quinto de los despojos fue separado para la corona, y el resto repartido en justas proporciones entre los que fueron á la expedición, y los que se habían quedado en Darien. Todos quedaron contentos con su lote, y enorgullecidos con la perspectiva de mayores ganancias para el porvenir.

Así concluyó una de las mas notables expediciones de los primeros descubridores. La intrepidez con que Vasco Nuñez penetró con un puñado de hombres en lo interior de un país inculto y montañoso, poblado de tribus guerreras, y su habilidad para manejar una reunión de intratables aventureros, estimulando su valor, forzándolos á la obediencia y atrayéndose su afecto, prueban que poseía grandes cualidades de general. Se dice que siempre era el primero en los peligros y el último en abandonar el campo; participando de los trabajos como el último de sus soldados, tratando á estos con la mas cordial afabilidad, compartiendo sus vigias y escaseces, visitándolos cuando estaban enfermos, y repartiendo sus ganancias entre ellos con franca liberalidad. Acusósele de algunos actos injustos y sangrientos; pero, es muy probable que las circunstancias se lo aconsejasen como medidas de seguridad y precaución: en lo que no cabe duda es en que ofendió menos los derechos de la humanidad que la mayor parte de los primitivos descubridores; y la estrecha amistad y confianza con que le trataron los naturales, cuando llegaron á conocer á fondo su carácter, es una prueba evidente de su buen comportamiento respecto de ellos.

El carácter de Vasco Nuñez cobró, en efecto, elevación con las circunstancias reunidas, del grandioso

(1) Oviedo, Hist. gen., part. I, H. cap. 4. MS.

descubrimiento á que acababa de dar cima, y el importante cargo de que estaba revestido. Ya no se consideraba á sí mismo como un simple soldado de fortuna, capitaneando una turba de aventureros, sino como un gran general, conduciendo sus tropas á una inmortal empresa. «Hé aquí, dice el anciano Pedro Martir, á Vasco Nuñez de Balboa, transformado de cabeza de motin, en político y prudente capitán»; y así es como los hombres son frecuentemente hechuras de las circunstancias: es decir que sus ocultas cualidades se manifiestan y desarrollan por la fuerza de los acontecimientos y la necesidad de modelarse á la elevación de su destino.

CAPITULO XV.

Sucesos de España.—Pedrarias Davila nombrado gobernador de Darien.—Noticias recibidas en España del descubrimiento del océano Pacífico.

Vasco Nuñez de Balboa se lisonjeaba de haber hecho un descubrimiento capaz de acallar á sus enemigos de la corte y elevarle al mas alto grado de favor para con el soberano. Escribió al rey los pormenores de su expedición, expresando cuanto había visto ú oído acerca del mar del Sur y de los ricos países que lo rodeaban. Además del quinto de las utilidades, debido á la corona, dispuso un regalo para el rey de las mas grandes y preciosas perlas que habían recogido, y se las remitió á su nombre y el de sus compañeros. Para llevar estas noticias escogió á Pedro de Arbolancha, hombre diestro é inteligente, su antiguo y experimentado amigo, compañero en todos los trabajos y peligros, y que se hallaba enterado á fondo de sus cosas.

El destino de Vasco Nuñez prueba la inestabilidad de las cosas humanas, y que nuestra suerte próspera ó adversa, y aun nuestra vida ó muerte, pende muchas veces de un momento perdido por no haberlo sabido aprovechar. Desgraciadamente, el buque que debía llevar el mensaje á España prolongó la salida hasta principios de marzo; tardanza que tubo fatal influencia en la fortuna de Vasco Nuñez. Aquí es necesario que dirijamos la vista hácia los sucesos que ocurrían en España, mientras él estaba ocupado en conquistas y descubrimientos.

El bachiller Enciso llegó á Castilla con un capítulo de culpas no pequeño. Tenía amigos en la corte, que le proporcionaron una audiencia del rey, y no desperdició un momento en aprovecharse de semejante oportunidad. Empleó toda elocuencia para probar la pretendida usurpación de Vasco Nuñez, manifestando que gobernaba la colonia por medio de la fuerza y del fraude. En vano el alcalde Zamudio, como cólega y enviado de Vasco, trató de interceder en su favor; faltábale la sagacidad del Bachiller, quien á fuer de abogado de profesion, defendía bien su propia causa. El rey determinó en consecuencia mandar un nuevo gobernador á Darien con poderes para averiguar los sucesos y remediar los abusos; á cuyo fin nombró á don Pedro Arias Dávila, llamado comúnmente Pedrarias (2). Era hijo de Segovia, se había educado en la real casa y distinguido como valiente soldado en las guerras de Granada y toma de Oran y Bugía en Africa. Poseía las cualidades personales que cautivan al soldado: llamábanle *el Galan*, por su bizarro continente y cortesania, y *el Justador* por su singular maestría en las justas y torneos. Es preciso confesar, que no eran estas las cualidades mas á propósito para un gobernador de rudas y facciosas colonias, en un país salvaje; pero, tenía un poderoso amigo en el obispo Fonseca, tan ardiente protector

(2) Los historiadores ingleses le dan siempre el nombre de Dávila.

como enemigo implacable, el cual aseguró al monarca que Pedrarias era sabio á la par que valiente; capaz de manejar los negocios en paz y guerra, y que habiendo sido educado en la real casa, estaba implícitamente ligado á sus intereses.

Apenas se le habia conferido á Pedrarias tal nombramiento, cuando Caizedo y Colmenares llegaron con su mision de Darien, trayendo las noticias comunicadas por el hijo del cacique Comagre acerca del mar del Sur, y pidiendo mil doscientos hombres para que Vasco Nuñez pudiese emprender el descubrimiento.

Estas noticias inflamaron la ambiciosa avaricia de Fernando, quien, despues de recompensar á los portadores y consultado el asunto con el obispo Fonseca, resolvió despachar inmediatamente una fuerte escuadra con mil doscientos hombres de desembarco, bajo las órdenes de Pedrarias que pusiesen cima á la empresa.

Precisamente por aquella misma época, el famoso Gonzalo Fernandez de Córdoba, llamado comunmente el Gran Capitán, se estaba preparando para volver á Nápoles, en donde los aliados de España habian sufrido una gran derrota y solicitaban la asistencia de tan famoso general, á fin de reponerse de sus pérdidas. Apresurábanse los caballeros, á alistarse bajo la bandera de Gonzalo, y los nobles de España, con su acostumbrada prodigalidad, vendian ó empeñaban sus Estados, para comprar vistosas armaduras, sedas, brocados, y otros artículos de lujosa pompa marcial, con el objeto de figurar en la campaña de Italia. La armada estaba á punto de darse á la vela para Nápoles con toda aquella hueste de orgullosos paladines; pero, viendo Fernando tales demostraciones de entusiasmo por su general, su zeloso carácter se alarmó sobre manera, y expidió contraórden, prohibiendo la salida de la expedición. Los caballeros españoles, sintieron muchísimo ver desaparecer sus sueños de gloria; mas como para consolarlos, organizóse la empresa de Pedrarias, abriéndoles un nuevo campo de aventuras. La sola idea de un mar desconocido, donde ningun buque europeo habia desplegado sus velas, y de un espléndido imperio que no habia pisado planta cristiana, exaltaba su imaginación, como las extraordinarias maravillas de un cuento árabe. Hasta los países, conocidos ya en las inmediaciones de Darien, se describian exagerando sus cualidades. Decíase que el oro se hallaba en la faz de la tierra, y que se cogia con redes en los rios y arroyuelos; por manera; que la region llamada hasta entonces Tierra Firme, recibió á la sazón el título pomposo y engañoso de Castilla del Oro.

Muchos de los caballeros jóvenes preparados para la campaña de Italia, animados con semejantes encomios, ofrecieron sus servicios como voluntarios á Pedrarias, el que los aceptó señalando á Sevilla para punto de reunión. Las calles de esta antigua ciudad se vieron pronto cubiertas de jóvenes y brillantes caballeros, espléndidamente ataviados, gozosos y anhelando la salida de la armada. Así que Pedrarias llegó á Sevilla, pasó una revista general á las fuerzas y vió con extrañeza que ascendian á tres mil hombres: debia limitarse á mil doscientos; pero en consideración á la clase de empresa que era, alargóse el número hasta mil y quinientos, y en virtud de influencias, recomendaciones y estratagemas, llegaron á embarcarse dos mil (1). Considerábase dichoso el que de cualquier modo, sin reparar en los medios, conseguia ser admitido á bordo; afan que no se reducía solo á los jóvenes y fogosos aventureros sino que, segun se cuenta, se comunicó á muchos viejos codiciosos, que se ofrecieron ir á expensas propias, sin exigir ningun sueldo del rey. Todos los ojos, pues, se dirigian á aquella

(1) Oviedo, l. II, c. 7. MS.

escuadra de nuevos argonautas, anclada en las aguas del Guadalquivir.

El sueldo y ovenciones de Pedrarias correspondian á la grandiosidad de la empresa. No se perdonaron gastos para el abastecimiento de la armada; porque la expedición llevaba el doble objeto de colonización y conquista. La artillería y pólvora se transportaron desde Málaga y ademas de las armas comunes, como mosquetes, ballestas, espadas, picas, lanzas y rodela napolitanas, añadiéronse armaduras de algodón colchado, y proporcionadas al ardor del clima, capaces de preservar de las flechas de los indios, y escudos de madera traídos de las Canarias para resguardarse de las envenenadas armas de los caribes.

Santa María de la Antigua, se nombró de real órden ciudad metropolitana de la Castilla del Oro, y un fraile franciscano llamado Juan de Quevedo, fue elegido obispo, con poderes para decidir en todo caso de conciencia; señalóse cierto número de frailes que le acompañasen y prov-yósele de los ornamentos y vasos necesarios para establecer una capilla.

Entre las diversas medidas tomadas en beneficio de la naciente colonia, fue una prohibir el embarque de ningun letrado, porque la experiencia habia acreditado que en la Española y en otros puntos, lejos de fomentar los establecimientos, los embrollaban con sus litigios. Todos los negocios judiciales se reasumieron en la autoridad del licenciado Gaspar de Espinosa, que llevaba el cargo de alcalde mayor.

Trató Pedrarias de que su mujer quedase en España: pero ella lo rehusó no pareciéndole bien vivir en egoista seguridad, mientras que su esposo se exponia á grandes peligros: declaró que queria participar de ellos por mar y tierra. Esta abnegación es tanto mas de admirar, cuanto que ya habia pasado de su primera juventud y tenia ademas ocho hijos de ambos sexos que no consintió la acompañaran. Llamábase doña Isabel de Bobadilla y era sobrina de la marquesa de Moya, favorita de la difunta reina Isabel, y la misma que inclinó el ánimo de esta soberana en favor de Colon (2); la sobrina participaba de la elevación de alma y generosidad de la tia.

Pedrarias llevaba encargo de tratar con consideración á los habitantes de Darien, que habian sido compañeros de Nicuesa, y de remitir todo el oro recogido antes de su llegada, perteneciente al real fisco. Solo en lo tocante á Vasco Nuñez de Balboa se mostró el rey severo. Iba el nuevo gobernador encargado de deponerle, haciéndole rendir estrecha cuenta ante el alcalde mayor, Gaspar de Espinosa, por el mal trato que habia dado al bachiller Enciso.

El 12 de abril de 1514 levó anclas en Sanlúcar de Barrameda aquella espléndida flota, de quince velas, saliendo orgullosa del Guadalquivir, cargada de aventureros para la Castilla del Oro. Poco tiempo despues llegó Pedro Arbolancha con la comision de Vasco Nuñez: si hubiese llegado algunos dias antes cuan diferente hubiera sido la suerte de su amigo.

Permitiósele inmediatamente presentarse al rey, á quien manifestó las peligrosas aventuras que habia tenido que arrostrar Vasco Nuñez en su feliz expedición, entregándole las perlas y joyas de oro que habia traído como primicias del país descubierto. Fernando oyó con deliciosa atención lo que le contaban acerca de aquel mar desconocido y de los ricos Estados añadidos á su imperio; relato que exaltaba la imaginación de los hombres mas sabios y estudiosos con esperanzas de ilimitadas riquezas. El anciano Pedro Martir, que recibió cartas de sus amigos de Darien, habló con los que venían de allí y escribia á Leon X,

(2) Esta marquesa de Moya era la misma que durante la guerra de Granada, estando la corte y el ejército acampados delante de Málaga estuvo á punto de caer victima del puñal de un moro que la tomó por la reina.

«que España podia en adelante satisfacer con sus perlas el apetito de cuantos amaban el lujo como Cleópatro y Esopo, sin tener por qué envidiar ni acatar los preciosos productos de Trapobana ni del mar Rojo. Los españoles de aquí en adelante no se verán obligados á cavar profundamente la tierra, ni abrir montes en busca de oro, sino que lo hallarán con abundancia en la superficie de la tierra ó en las abrasadas arenas de los rios, agotados por el calor del sol. Ciertamente la repetible antigüedad no obtuvo nunca mayores beneficios de la naturaleza, ni siquiera llegó á imaginarlos, supuesto que ningun hombre del mundo conoció ha penetrado hasta ahora aquellas ignoradas regiones (1).»

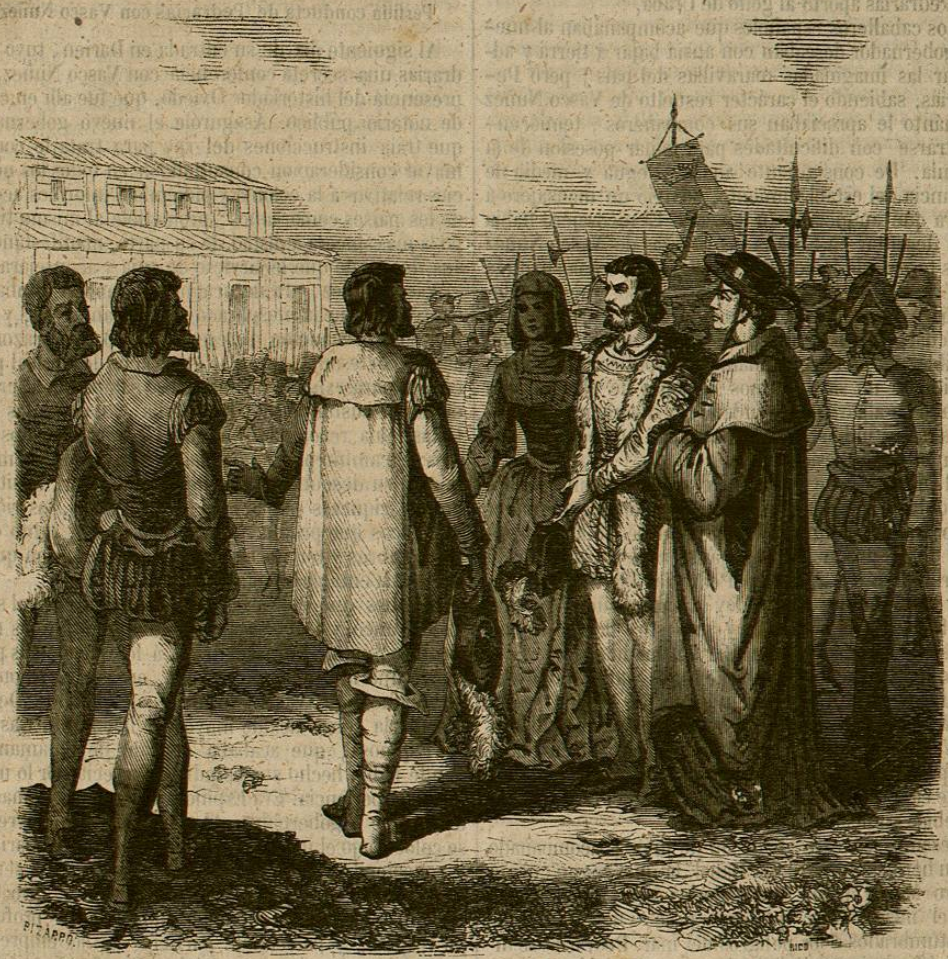
Las noticias del descubrimiento resonaron en toda

España; las alabanzas de Vasco Nuñez fueron tanto mas extraordinarias, cuanto se le habia considerado como un desesperado aventurero: alzábase á las nubes como digno sucesor de Colon. El rey se arrepintió de la dureza de las medidas que habia tomado contra él, y ordenó al obispo Fonseca que tratase de recompensar sus eminentes servicios.

CAPITULO XVI.

Grande entrada de Pedrarias en Darien.

MIENTRAS se preparaban en Europa recompensas y honores para Vasco Nuñez, este infatigable jefe, alentado por la fortuna y su noble ambición, se ocupaba en dictar paternales providencias en beneficio del país



Entrada de Pedrarias en Darien.

que estaba bajo sus órdenes. Todos sus esfuerzos se dirigian á poner los alrededores de la colonia en tal estado de cultivo, que produjeran lo suficiente para acudir á las necesidades, sin dependencia de Europa. Hallábase situada la ciudad á la orilla de un río y constaba de mas de doscientas casas y cabañas; la población ascendia á quinientos quince europeos todos hombres, y mil quinientos indios de ambos sexos: rodeaban jardines y huertas donde se cultivaban frutos y verduras, así de Europa como del país, que prometian una abundante cosecha. Vasco Nuñez no se

(1) Pedro Martir, década 3, cap. III.

olvidaba tampoco de lo que hubiese de alegrar y distraer á su gente. Proporciónábales los dias de fiesta sus juegos y favoritas diversiones nacionales, particularmente parejas de justadores, entretenimiento al cual los caballeros españoles de aquel tiempo eran muy apasionados. Algunas veces halagaba sus costumbres vagabundas mandándoles hacer expediciones y correrías por el país para adquirir conocimiento de sus recursos, y robustecer su influencia sobre los indigenas. Tuvo tanta suerte para captarse la amistad é inspirar respeto á las tribus indias que un español podia atravesar solo, todo el territorio con la mas completa seguridad; y sus compañeros le amaban á porfia,